

Les seguía Chicuelo, en el orden estadístico, con 41 corridas, y triunfos indescritibles en Barcelona y en Figueras el 12 de Julio y el 4 de Mayo, respectivamente, que paliaron sus características desigualdades. Una de esas faenas tuvo la suerte inmensa de presenciarse, como luego veremos; fué de lo más genial que haya podido admirarse en el toreo y en tarde gigantesca de Belmonte, para mayor constancia de su subidísimo valor.

Y culmina mi temporada con dos corridas memorables: Toledo y Barcelona. Belmonte y Chicuelo en las dos: Pablo Lalanda en Toledo y Pepito Belmonte en Barcelona de terceros espadas. Albaserradas en la imperial ciudad y Gracilianos en la ciudad condal.

En Toledo se volcó lo más granado de la afición madrileña, y, por de contado, la camarilla—poetas, escritores, artistas—del fenómeno, con Valle Inclán, Pérez de Ayala, etc.

A los pocos días toreaban allí Belmonte y Chicuelo y Pepito Belmonte. Yo tenía que regresar antes a Madrid, para cuya corrida de la Cruz Roja—reaparición de Mejías—había adquirido ya la entrada. Pero

tentado del deseo de volver a ver torear a Juan, opté por demorar el viaje y perder la corrida madrileña. ¡Loados sean los dioses! Porque me fué dado presenciar una de las más gloriosas efemérides de mi vida de aficionado, gracias al arte mágico de Belmonte y a la inspiración genial de Chicuelo.

La expectación que despertó la corrida fué enorme. Belmonte había realizado en la misma plaza, pocos días antes, faenas maravillosas, y por segunda vez abarrotó el inmenso circo. Ocupadas las 25.000 localidades, había compactos grupos de personas de pie en todas las puertas.

Belmonte había estado magnífico en el primer graciliano, del que cortó la oreja; Chicuelo, bien en el segundo, y Pepito Belmonte había armado un alboroto con el tercero: una estupenda faena, torerísima, y media estocada en la cruz. Cortó las orejas, se le ovacionó con delirio y a Juan se le caía la baba ante el triunfo del hermanito... La corrida estaba, pues, resultando magnífica; y salió el cuarto toro... Y resultó manso; saltó al callejón. Belmonte lo lanceó bien; pero se mostraba disgustado por la calidad del enemigo. ¿Qué más daba?

Cuando salió con la muleta estaba el bicho quedado, cobardón, no pasaba... eso creíamos. Creíamos que iba a estar valiente con él y nada más. No nos acordábamos del milagro de arte del toreo belmontino. Porque a aquel toro agotado y soso le corrió la mano, lo toreó de brazos tan asombrosamente, que en el ayudado de tanteo se lo pasó entero desde el pitón al rabo, y volvió a pasárselo en el segundo, por bajo, sobre el lado izquierdo, y empalmó este segundo pase con el de pecho, tirando materialmente

del toro, que tardó yo no sé cuantos segundos en pasar, hasta que la muleta le acarició la penca del rabo... ¡Qué manera de llevar al toro toreado! Citó para el natural, adelantó la muleta, a su estilo, hasta el hocico, y volvió a pasarle todo el toro, y una vez más pasó, ahora por el lado derecho, hincado el torero de rodillas, y tres veces más en otros tantos ayudados por alto seguiditos, estatuarios, y en un natural con la derecha, seguido de un molinete, y otra vez en otro natural, tan apretado, que sin moverse el torero (quiero decir, sin irse él al costillar, a cabeza pasada, sino quieto, desde el cite al final del pase) lo tropezó el toro con el costillar. Y un tirón, y un desplante de rodillas, y un volapié. ¡Nada más! ¿Cómo describir lo que pasó? Fué el delirio, la locura. Se le concedieron las orejas del toro, dió la vuelta al ruedo, salió dos o tres veces a los medios, y no salió más porque apareció el quinto toro, y porque Chicuelo... (Pero ahora hablaremos del genial Chicuelo.) Al toro recién muerto por Belmonte—manso, quedado, soso—nadie más que Belmonte podía hacerle aquella faena toda temple, mando, serenidad, arte de todo lujo. ¡Qué Fenómeno!

El quinto toro fué de Albaserrada. El segundo había salido manso y se le devolvió al corral con alguna precipitación. Debíó de darse suelta, equivocadamente a alguno de los toros siguientes; el caso es que en quinto lugar se soltó un albaserrada. Y Chicuelo, que había tenido mala suerte en el lote y que acababa de presenciar la apoteosis hecha a los dos Belmontes, estaba verdaderamente impaciente por destacarse. No le tomó franco el capote el de Albaserrada, y, sin embargo, las cinco verónicas con que lo saludó

fueron sencillamente estupendas. Al rematarlas, se cayó en la cara del toro, y se levantó y volvió a veroniquear de modo inenarrable. La ovación fué estruendosa. En el quite, el arte de maravilla de Chicuelo rayó en lo divino, por la gracia, por el ángel, por la emoción fuerte y el alado estilo de que hizo derroche. La ovación, ininterrumpida a lo largo de la inolvidable corrida, alcanzó entonces el punto culminante, y se sentía la garganta atenazada, casi se lloraba y se brincaba, se gesticulaba y se enronquecía en un colosal alarido de veinticinco mil gargantas. Sonó la música en honor del genial artista. Sonaba, pero no se oía... Belmontito, en su turno, dió un gran farol y remató de rodillas. Y entró Belmonte a su quite y esculpió unas verónicas en las que se pudo contar, reloj en mano, el tiempo que el toro tardaba en pasarle de un lado a otro. Tan lentas, tan templadas, tan majestuosas fueron. ¡Qué tercio! Fué una borrachera, un hartazgo de toreo genial.

Mientras transcurría el segundo tercio, Chicuelo se mordía los puños de impaciencia, pareciéndole que tardaban un siglo en banderillearle el toro. Este llegó bueno a la muleta. Bueno el toro, pero ¿y el torero? El TORERO inició la faena con el pase de la muerte, chorreando gracia, y en seguida ligó tres naturales en redondo, rematados con el pase de pecho, que fueron un verdadero asombro de arte. Con las dos rodillas en tierra dió un pase de pecho con la derecha, inverosímil, y, sin interrupción, otros tres naturales y otro de pecho. ¡Toreo auténtico, toreo clásico! A continuación, el pase afarolado, derramando salero, y un natural con la derecha, cambiándose la muleta de mano por la espalda en el mismo centro del pase,

cuando el pitón le rozaba el cuerpo; pase que ligó, inmóvil, con otro natural con la zurda, entre los cuales no hubo solución de continuidad. ¡Qué momento de inspiración genial! A partir de aquí, en mis apuntes ya no hallé sino raros garabatos, y un «no puedo seguir», que era todo un poema... La faena siguió llena de improvisaciones geniales, de pases desconocidos, de adornos y filigranas inspiradísimas. Hubo un pase con la derecha, al natural, que no hay pluma que lo describa ni pincel capaz de reproducirlo. Y, por fin, dos ayudados por bajo a ambos lados, que precedieron a media estocada en todo lo alto, entrando bien. (La música tocaba, la ovación era de cataclismo.) Y entonces vino lo increíble. Cuando el toro, agotado ya, iba a doblar, se llegó a él Chicuelo, paso a paso, la muleta en la zurda, y metiéndola en el hocico, ¡bordó tres naturales seguidos, de milagro! Pinchó en hueso, dobló el toro, y no es humanamente posible describir la ovación, *asustante*, interminable. Orejas, rabo, vueltas al ruedo, una oreja más, de otro toro, que conservaba un espectador y que se la tiró al ruedo. El público ya no volvió a sentarse; en pie, entregado a un frenético comentario de cuanto acababa de presenciar, dejó transcurrir la lidia del sexto toro, reproduciéndose a cada paso el vocerío de entusiasmo, la ovación verdaderamente inacabable...

Pepito estuvo bien también en el último toro, y cuando éste dobló la gente seguía de pie, y con colosal zumbido comentaba, en el paroxismo del entusiasmo, la imborrable corrida, que sólo había durado hora y media.

El auto en que iba Chicuelo, llevaba encima verdaderos racimos de personas que lo vitoreaban, y en

plenas Ramblas seguían las aclamaciones al torero genial.

Y cuentan que en el andén de la estación, estando Belmonte rodeado de admiradores, como viese llegar a Chicuelo, le abrió calle, exclamando: «¡Paso, señores, que aquí llega Alguien!»

## Turnos en contra

## Los pies juntos

El Niño de la Palma, como Chicuelo — Dios y ellos sabrán por qué — tienen en general, muy mala prensa.

Una cosa es, además, torear *con los pies juntos* (juntos desde el cite) y otra cosa *juntar los pies* después que el toro ha tomado el engaño. Las verónicas del Niño, fueron a pies juntos desde el cite al final, sin enmendar un ápice el terreno. Cosa que no siempre hace Victoriano Roger, que es de los que juntan los pies en el centro de la suerte, (y nada tengo que oponer a sus magníficas verónicas de aquella tarde. Ya hice su elogio oportuno).

Prefiero el toreo con los pies en posición normal, a lo Belmonte. Pero no hay derecho a buscarle tildes con lupa critica a aquel prodigio cayetano.

¡Mala, mala prensa tiene el Niño, (a quien no tengo el gusto de conocer)!

En cambio, de Victoriano dice Alcázar, muy serio: «que ha quitado de figuras del toreo a Chicuelo y a La Rosa...» Cuando Valencia II empieza a ser figura ya lleva La Rosa cinco o seis temporadas bien *quitado* de entre las figuras del toreo. A La Rosa no le ha quitado nadie de ser figura: el miedo, si acaso. Y a Chicuelo... ¿Pero habla en serio, el notable crítico? Es posible, que se pueda sostener desapasionadamente que Chicuelo no es figura esencialísima, preeminentísima del toreo? ¿Cuándo vamos a convencernos de que Chicuelo con todos sus fracasos es y será siempre lo que siempre fué Rafael el Gallo, con todos los suyos: un torero aparte, un caso genial, sin claroscuros: o fracasado o excelso, borrando con una sola faena cien fracasos seguidos? ¡Qué peligroso va a resultarles a muchos críticos este dar por fracasado a Chicuelo (y a Cayetano)! El día menos pensado, un día que tarde o temprano ha de llegar, hará (o harán) *su faena* en Madrid... Y quien recuerde lo dogmático de algunas afirmaciones, las conceptuará de risibles. Quitado de figura del toreo, el uno... Estilista de dublé, el otro... ¡Cuidado!

«Ninguno de los estilistas que carecen de valentía se ha consolidado como figura del toreo», afirma también Alcázar.

¡Pido la palabra! ¿Conocen ustedes a un tal Rafael Gómez Ortega?

Ese que ha vuelto de América con corbata y cuello duro. (Lo cual merecería — por claudicación, «a la vejez viruelas» — otro turno en contra).

Mayo.